

Hilda María del Valle Lobos  
Semablanzas  
«In memoriam»



Con estas palabras queremos recordar, hoy, a la Dra. Hilda María del Valle Lobos, nuestra querida Negra. Fueron más de treinta años los de su trayectoria docente en la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Católica de Salta. Ingresó primero en las Cátedras de Familia y Sucesiones, posteriormente en la Cátedra de Introducción al Derecho de la Carrera de Derecho, permaneciendo a lo largo de todos esos años, formando a miles de alumnos, muchos de los cuales ya se han graduado. Con la apertura de la Carrera de Relaciones Internacionales, hace doce años, se incorporó a la Cátedra de Introducción al Derecho y más recientemente lo hizo en la Carrera de Derecho -modalidad no presencial- en las Cátedras de Familia y Sucesiones.

Uno de los hechos destacados en la existencia de la Facultad de Ciencias Jurídicas, desde su creación, fue el haber sido sede del Primer Congreso Hispanoamericano de Profesores de Derecho de Familia, que se realizara en marzo de 1983, habiendo tenido la Dra. Lobos una participación destacada en el Comité Organizador que permitió que este acontecimiento alcanzara niveles de excelencia y relevancia académica.

A lo largo de todos estos años se dedicó a la docencia con absoluta entrega y responsabilidad, siendo su preocupación constante la formación de sus alumnos como seres humanos íntegros y profesionales de excelencia con capacidad para influir y transformar la realidad, transmitiendo esta misión como un compromiso ineludible de quienes tenían la posibilidad de acceder a una educación superior.

Es que los verdaderos maestros comprenden que enseñar no es sólo transmitir conocimientos, ni comunicar contenidos de una disciplina determinada. Quienes tuvimos el privilegio de ser sus alumnos y luego compartir con ella la actividad docente, aprendimos con su ejemplo coti-

diano que enseñar requiere humildad para presentarse frente al alumno buscando en todo el proceso de aprendizaje superarse junto con él, y coherencia para vivir de conformidad a lo que se transmite.

En su paso por la Universidad Católica tocó la vida de muchos, quienes hoy no la despedimos pues estará siempre presente en cada uno de nosotros.

María Isabel Rodríguez Virgili

La amistad, ese sentimiento incomparable, puede nacer en todos los tiempos y en todos los lugares. Tuve la suerte de ser amigo de la Negra, casi desde que la conocí, en el ahora lejano 1976.

No solo recuerdo el año; si alguien me pidiera más precisiones, podría acordarme el mes del comienzo de esa amistad, nacida justamente porque ella no hacía distinciones, ni pedía equivalencias. Había sido su alumno, todavía era un estudiante más y ella, bueno, ella era nuestra profesora más joven, la más agraciada y ya adelantaba parte de la solvencia profesional que la acompañó hasta el final, en la función pública y en la docencia. Sintetizando: «no se la creía».

Pasaron los años y, parafraseando a Eladía Blázquez, la vida mil caminos nos tendió; pero nuestra amistad venció el implacable paso del tiempo, de los golpes de la vida, de las inevitables distancias.

Como no podía ser de otra manera, para una relación afectuosa que había empezado en nuestra Facultad de Ciencias Jurídicas, llegamos al punto más alto de la misma, más precisamente en lo que era y todavía es la pequeña cocina del Decanato.

Nadie puede asegurar de quien fue la idea original, ni quienes la acompañaron.

Lo cierto fue que, durante más de un año, todos los miércoles, en el recreo de las seis de la tarde, varios profesores, incluido un sacerdote, y la Secretaría Académica, nos reuníamos a tomar un té o un café, y a disfrutar de una porción de pastel, de tarta o de torta y alguna que otra factura, que nos turnábamos para llevar.

Entonces conversábamos, nos contábamos historias y nos enterábamos de otras. Esos miércoles estaba, infaltable, la Negra. Hablando,

escuchando a los otros y, de vez en cuando, bajando alguna línea. Fue nuestro tiempo de alegría.

Años después y, cuando aquellos miércoles eran un lindo recuerdo de la clase de los que uno siente la necesidad de compartir con otros, nos llegó la hora de las lágrimas. Es que primero la Negra lloró a su marido, a quien quiso mucho y quiso bien. Hace poco tiempo, lloró por su hermano, a quien tanto quería.

Lamentablemente, ahora, quienes la conocimos y sentimos cerca, lloramos por ella.

La extrañaremos y recordaremos. Trataremos que no se haga realidad lo que dice aquella dura frase, o acaso, esa sentencia, según la cual la verdadera muerte es el olvido.

Miguel Antonio Medina